

## Del pasado de la guerra a los desafíos de la paz

*Esta guerra que se va... Territorio y violencias; desigualdad y fragmentación social*

VARIOS AUTORES

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 2017, 444 pp.

EL 24 de noviembre de 2016, el gobierno y las FARC firmaron el texto definitivo del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, en el Teatro Colón de Bogotá. Este acontecimiento histórico fue antecedido por el inesperado resultado del plebiscito que todos conocemos y que se mostró como una señal inconfundible de que el camino de la paz mostraba unos retos que aún estaban por venir. El negacionismo de la existencia misma del conflicto, de sus causas estructurales y de la pertinencia de los acuerdos logrados forma la compleja tríada de las posiciones más recalcitrantes que se presentan como fieros testigos que amenazan el avance del proceso y el cumplimiento de los acuerdos logrados.

En este sentido, los análisis alrededor de las preguntas que suscita el tema de la guerra y la paz deben ir encaminados a tratar con rigor esos puntos de debate que se constituyen en los elementos movilizados, no solo de imaginarios, sino de posturas políticas que, entroncadas estratégicamente en ciertos sectores de la propia institucionalidad y de la sociedad civil, proclives a ellas, ponen en peligro los avances logrados con el titánico esfuerzo que implicó la negociación en sí misma, el logro de los acuerdos y el silenciar las armas de la guerrilla más antigua del mundo.

Por la compleja naturaleza del fenómeno, es lógico que el acercamiento al análisis tanto del conflicto armado como del posacuerdo tenga que hacerse de un modo interdisciplinario, de tal suerte que abarque el fenómeno de esa guerra que se va, pero también la lectura crítica de la producción de literatura comprometida con el tema, y que igualmente, como novedad, su

derrotero sea concomitante con el resultado del proceso de negociación: los acuerdos en sí mismos. La pertinencia del libro reseñado tiene esa intencionalidad y sus aportes van encaminados a dejar una profunda huella en el lector que posiblemente ha sufrido las viglias de hacerse las preguntas que muchos colombianos nos hemos hecho sobre la historia de tan larga pesadilla.

Un gran acierto se logra en este trabajo colectivo al conformar la estructura de su contenido en cinco segmentos que se interrelacionan. El primero corresponde al análisis de las paradojas que ofrece el mismo desarrollo del conflicto visto desde una perspectiva histórica. Su autor, Ricardo García Duarte, se encarga de deconstruir los imaginarios que simplifican la existencia y las causas del surgimiento y la permanencia de las FARC, utilizando el método de proyectar el crecimiento económico y político de todo el entorno histórico-espacial que ha rodeado la existencia de este grupo insurgente y las propias mutaciones del conflicto, pero ante todo haciendo énfasis en la presencia constante de un modelo económico excluyente que han agenciado las élites de este país. En verdad que el resultado de este trabajo es asombrosamente interesante puesto que despeja muchas ideas preconcebidas sobre la complejidad de lo que él llama las paradojas que es necesario develar para mirar el conflicto. Una de ellas, la más simple, es reducir sus causas a la pobreza: es por eso, pero también por la desigualdad y la relativa inmovilidad social, que trae consigo una cierta forma de crecimiento económico, como lo dice el autor (p. 27).

Un segundo segmento está a cargo de Teófilo Vásquez, curtido investigador que construye su análisis desde la perspectiva territorial con la destreza sociológica que, apoyada en análisis georreferenciados, lleva al lector a comprender la complejidad del conflicto desde el punto de vista territorial. Los elementos empíricos están muy bien tratados y se logra distinguir en los diversos territorios la dimensión espacial y su relación con el problema agrario, el fenómeno del narcotráfico, el proceso disfuncional de construcción del Estado en Colombia, y por

último se analizan los retos y los escenarios frente a un eventual contexto de posconflicto. Todo para demostrar cómo la cimentación de la paz está supeditada a un enfoque diferencial y territorial.

Todas estas consideraciones no son fruto de una mera intuición sociológica. Al contrario, están basadas en la construcción de categorías que corresponden a las sinergias de elementos diferenciados tales como: el nivel de integración política y económica a la vida nacional, las distintas capacidades y niveles de institucionalización, y las posibilidades de los grupos armados de controlar dichos territorios. El autor habla de varios tipos: territorios de retaguardia y orden paraestatal o contraestatal; territorios en disputa, y territorios integrados al orden estatal. Todo ello con el aporte de indicadores para referenciarlos y diferenciarlos.

Complementa este aparte del trabajo el análisis de caso que cobra relevancia con las tesis del autor referenciado. Se trata de los territorios de Arauca y Meta y los del Piedemonte Llano, presentados por Omar Gutiérrez y Carlos Sánchez, respectivamente. Ambos ejemplos dan lugar a mostrar cómo el modelo de desarrollo que han traído las economías minero-energéticas ha sido recolector de tensiones y conflictos sociales y políticos, que van desde la disputa por los recursos públicos hasta la discriminación de las comunidades aborígenes, la corrupción, el desplazamiento forzado y muchas más desgracias que han condenado estas tierras a cien años de soledad.

No podía faltar el análisis de la economía de las drogas ilícitas y la reflexión sobre las políticas estatales para combatir la misma, de los que se ocupan Ricardo Vargas y Andrés Castiblanco en el tercer acápite de este trabajo colectivo. Se trata de un análisis sobre la manera como el Estado ha enfrentado tan espinoso asunto, con el necesario correlato del papel del ejército colombiano visto de una manera diferente a los tradicionales enfoques de seguridad y defensa, por parte de algunos analistas, de esta relación entre narcotráfico y seguridad.

Este capítulo recoge las tesis que hacen énfasis en aspectos que el propio Estado niega, tales como: el nexo histórico entre los cultivos de uso

ilícito y el conflicto agrario; la misma responsabilidad estatal en las crisis y el abandono de procesos de colonización, la manera como el circuito de las drogas copa el sistema financiero y de hecho borra u oculta la frontera entre legalidad e ilegalidad; las estrategias en el tratamiento criminalizante para los cultivadores de coca, amapola y marihuana.

Para un lector crítico no puede pasar por alto una cuarta sección dedicada al tema de la pedagogía de la paz que tiene en cuenta aquellos agentes que se consideran necesarios cuando se trata de procesos de largo aliento. Sus autores, Mauricio Hernández Pérez, Absalón Jiménez Becerra y Robert Ojeda, con sus respectivas visiones le dan un tratamiento desde diversas ópticas pedagógicas, que van desde la memoria hasta la interpretación del conflicto, en especial en el campo universitario. Concuerdan, quienes hacen el aporte en esta sección, que la pedagogía de la paz tiene como centro una política de la memoria, la lucha contra el olvido y todos los esfuerzos que contribuyan a la búsqueda paradigmática de la verdad subjetiva individual y colectiva y la verdad jurídica, especialmente sobre los crímenes atroces cometidos con el reclutamiento de niños y niñas, que han frustrado la experiencia vital de una infancia fragmentada por el alistamiento forzado.

El quinto aparte, a cargo de Hugo Fernando Guerrero, Yanitza Giraldo, Viviana García y Ricardo García Duarte, muestra el papel de la comunidad internacional en los procesos de paz, al recordar que el proceso de paz colombiano se ha constituido en un modelo que deja grandes enseñanzas al mundo entero por la manera como se estructuró, atendiendo a los principios de verdad, justicia, reparación y no repetición, que hacen parte de aquello que la comunidad internacional reconoce como la justicia transicional, en cuyo centro ético y jurídico está el reconocimiento a los derechos de las víctimas. Cabe anotar que el análisis se detiene en el señalamiento de errores cometidos por la comunidad internacional con algunas de sus políticas de apoyo a la lucha contra la guerrilla, que el lector debe reconocer para hacerse una idea de la complejidad del tema.

Para un potencial lector, en su conjunto, este trabajo colectivo sigue la ruta de refutar los contenidos que se sintetizan en lo que habíamos denominado como la tríada de las posturas negacionistas, y de mostrar la pertinencia de los principales puntos del acuerdo. En especial, los presupuestos que visibilizan los retos a tener en cuenta para una reforma rural integral; la urgencia de hacer realidad los mecanismos para una participación política que permita cerrar la profunda brecha de un sistema excluyente, y el señalamiento de los obstáculos con los que se encontrará el acuerdo en el tema de la solución al problema de drogas ilícitas.

No sobra concluir que el balance de este trabajo es más que positivo y que se constituye en una obra de obligada consulta. Solo podemos agregar que hizo falta la unificación de ciertos términos y categorías claves, fruto tal vez de las diversas disciplinas de sus autores, lo que se pudo obviar con un meticuloso trabajo de edición. Por último, añadir la certeza de que hubiera sido un acierto incluir un capítulo sobre víctimas, porque siempre que hablemos del conflicto no podemos olvidar sus rostros expectantes.

**Manuel Restrepo Yusti**